

AZORIN, EL REBELDE

Por Ml. R. Cruz Méndez



AGOTAR el tema de la rebeldía en Azorín dentro de los límites de un breve ensayo, es un intento tan audaz como pretender atravesar el Canal de la Mona en un sencillo bote de remos. Pero la empresa no resultaría tan difícil si logramos concretar algunos conceptos que sinteticen su pensamiento, que a nuestro juicio, constituyen el nervio o idea-fuerza que forma toda su obra y le da sentido de unidad intelectual, que aunque diversa, variada y extensa, se distingue y caracteriza dentro de la literatura hispánica.

Azorín vive una época y unas circunstancias muy peculiares, que van conformando en él toda una personalidad sumamente compleja. Su formación dentro de un ambiente extremadamente severo y tradicionalista, le harán externar conceptos como estos: "Yo soy un rebelde de mí mismo; en mí hay dos hombres: el hombre voluntad, casi muerto, casi deshecho por una larga educación en un colegio clerical; seis, ocho, diez años de encierro, de incomprensión de la espontaneidad, de contrariedad a todo lo natural y fecundo. Hay, aparte de éste, el segundo hombre, el hombre reflexivo, nacido, alentado en copiosas lecturas, en largas soledades, en minuciosos autoanálisis" (1)

Lo que a simple vista aparece como una contradicción, será al través de su larga vida, una lógica consecuencia del vivir entre el ser y el deber ser, entre lo convencional y racional, entre la obediencia y la rebelión. Crece y se educa en una España decadente que acaba de restaurar la monarquía después de presenciar el fracaso político de la república en hombres como Castelar y Giner de los Ríos. Pero muy pronto toma conciencia de las causas que a su juicio han generado *el mal social*; y han segado en flor las ideas progresistas. Oigamos sus propias palabras: “qué aprovecha al pueblo el arco voltaico si no tiene justicia” “el capital: esa es la raíz de todo el *mal social*; eso es lo que hay que atacar” (2).

Toda su literatura está empapada de sentimientos y de ideas rebeldes. Se inicia como anarquista intelectual y literario en unas circunstancias específicas, en las cuales el anarquismo constituía una postura de protesta y rebeldía contra las injusticias sociales y la tiranía política. La influencia de Federico Nietzsche se hace sentir en el joven levantino, y aunque las ideas del filósofo alemán aparecen en sus obras matizadas y enmarcadas dentro de su propia realidad cultural, no dejan de ser decisivas en todo su pensamiento. Lo mismo ocurre con relación a Taine. El anarquismo de Azorín es más bien ideológico que militante. Participa en la política, pero sus armas no serán la dinamita o la tea incendiaria; ni siquiera los bulliciosos mítines callejeros, sino la pluma, que cual espada, esgrime con valentía en los periódicos. Se inicia a principios de la década de los noventa en un diario valenciano propiedad de una reconocida familia burguesa. (3) Sus artículos literarios y políticos inquietan a más de un lector, que probablemente no acertaba a comprender que la situación española de esos días exigía de los intelectuales, renovación, coraje y rebeldía. Las letras vivían el letargo de algunos viejos románticos, que envueltos en las brumas soñolientas del sentimentalismo, no acertaban a comprender que esa corriente literaria e ideológica había pasado ya a la historia. El ambiente social y político rodeado de una densa atmósfera de intereses encontrados, no permitía ver con claridad los problemas que gravitaban sobre la

patria. El año 1898, sorprende a monárquicos, conservadores, republicanos y liberales, enfrascados en estériles disputas, ajenos a los problemas vitales, en medio de la nación herida que sangra y agoniza. La guerra pirata en donde “el pueblo hidalgo es vencido y derrotado por aquel otro pueblo de aventureros”, según expresión de Ricardo León, produce tal consternación en los hombres de pensamiento, que todos sin excepción se vuelven sobre sí mismos a meditar las causas del desastre, considerado como una catástrofe nacional. Aquí surge la “Generación del 98” y dentro de ella, Azorín como uno de sus más genuinos representantes. ¿Qué hace y qué piensa este inquieto joven que lucha ya desde hace tiempo por la renovación intelectual de su país? En compañía de Pío Baroja y de Ramiro de Maeztu, redacta un manifiesto en donde sintetiza entre otras cosas lo siguiente: “Vivimos la bancarrota de muchos dogmas”. “Deseamos la renovación del arte literario; ansiamos una revisión de todos los valores artísticos tradicionales”. Pero ante todo, no hay que olvidar que Azorín es literato, y en este campo será en donde mejor combatirá, con el arma de su pluma rebelde, y con el fuego de su palabra innovadora y fecunda. Su esfuerzo —según Pedro Henríquez Ureña— aspira a la formación de las tablas de valores en la literatura española.(4) Aquí asoma el espíritu de Nietzsche, revestido del coraje propio del español rebelde. Y la primera tarea que emprende será la renovación del lenguaje literario. Su estilo, su contenido, su técnica, serán nuevos. Porque Azorín, a diferencia de los románticos, que sueñan leyendas medievales o cantan a princesas enrejadas en viejos castillos feudales, describe la casita de campo, el mendigo, el obrero, el baúl, la fábrica... Se fija en los detalles, en las nimiedades; quiere llevar la atención de los hombres hacia la realidad circundante. Es, según opinión de un autor, “el nuevo descubridor de la realidad española”. Busca un lenguaje nuevo, despojado de ropajes artificiosos y liberado de viejos bizantinismos y gastadas figuras retóricas. Oigámosle describiendo una fábrica: “Laberinto de líneas; líneas rectas y curvas. Confusión de ángulos y redondeces; todo en lo vertiginoso; pasar y tornar a pasar rectas y curvas; rectas que se

encuentran y curvas que se fraccionan... ”(5) ¿Quién no será capaz de descubrir aquí lo nuevo, lo rebelde, la realidad llevada a las letras por la fuerza del pensamiento adornada con la belleza que arranca de la realidad misma?

Su rebeldía social y política es también manifestada al través de gran parte de sus obras, en sentido general. Pero como hemos anotado al principio de este ensayo, sólo haremos hincapié en aquellos conceptos que sinteticen su pensamiento. Azorín, políticamente hablando, es liberal; pero podríamos formular la pregunta: ¿Tenía algunas ideas marxistas? No nos consta que hubiese leído las obras de Marx; es posible por la relación que siempre mantuvo con la literatura y la filosofía alemanas. Tanto el marxismo como el socialismo utópico no eran desconocidos en los círculos cultivados de aquellos días. Por otra parte, un Azorín inquieto e interesado en la renovación total de la vida española, no podía en modo alguno ser ajeno a las corrientes renovadoras del pensamiento social, que a principios de siglo germinaban en toda la Europa transpirenaica, con la energía vigorosa de una simiente que brota en primavera. Como ocurre con otros escritores, pone en boca ajena su propia expresión para imprimirle mayor fuerza y patetismo. Aquí la pone en boca de un perro cojo, maltratado por un guarda jurado. Pero evidentemente hace manifestación de su propio pensamiento. “Yo, en mi afán de hacer algo por el ideal, cavilaba y tornaba a cavilar; no se me ocurría lo que yo podía hacer en pro de mis ideas de renovación, y en contra de una sociedad basada en la injusticia y en la tiranía... ¿Qué creará Ud. que hice? Pues un día entré en un edificio, y sin que me viera nadie, comencé a orinar. Sí, señor; me oriné en lo que yo creía que era el origen de todo el mal social. Me oriné en la sucursal del Banco de España. El capital: esa es la raíz de todo. El capital: eso es lo que hay que atacar. Yo, al orinarme en la sucursal del Banco de España, realizaba el acto más revolucionario que podía realizar”(6).

Lo que antecede, no es otra cosa que el reflejo del pensamiento social y político de Azorín y de su rebeldía. Esto confirma nuestra tesis. José Martínez Ruiz, que es su verdadero

nombre, pues Azorín es un seudónimo, es un rebelde, no sólo en el campo de las letras puras, sino también en el terreno sociopolítico, aun cuando su pensamiento adolezca de algunas deficiencias, y no sea del todo aceptable. No podemos pedirle mayor pureza dadas las circunstancias históricas que le tocaron vivir. Pero sí le consideramos como a uno de los primeros en llevar esas inquietudes al terreno de la literatura castellana, en tiempos en que se cultivaba el arte por el arte, y cuando toda incursión literaria dentro de otra parcela, era tenida como una profanación.

Pero Azorín se impone y poco le importa ser llamado hereje o iconoclasta. Es el rebelde que rompe con la tradición, que habla y escribe "oportuna e inoportunamente", que no teme ser combatido ni censurado.

No cabe duda de que se adelantó a muchos de sus contemporáneos españoles en la reforma del estilo y del lenguaje, tarea que Darío y los modernistas hacían en América.

Desde luego, su pensamiento fue lentamente evolucionando sin perder sus características esenciales. El Azorín del 98 no es exactamente el mismo de 1950. La madurez de su pensamiento le enseñó a revalorizar muchos aspectos de la cultura española tradicional, y sus grandes figuras literarias del pasado. "Vivir es volver". Con esta expresión reconoció explícitamente que no hay cultura sin tradición, ni verdadera literatura si no está cimentada en los clásicos.

Huelga decir que el estilo azoriniano se ha impuesto, no sólo por la fuerza de la dinámica interna que informa a todo proceso cultural, social o histórico, sino además por el carisma que ha ejercido su recia personalidad durante una larga vida de auténtica vocación intelectual.

NOTAS

- (1) La Voluntad, IV, cap. IV, pág. 258.
- (2) Pueblo, Págs. 130, 131, 135, Col. Austral 1949. (El subrayado es nuestro).
- (3) Blasco Ibáñez.
- (4) Obra Crítica de PHU, pág. 225. Fondo de Cultura Económica.
- (5) Pueblo, XV, pág. 67 Col. Austral 1949
- (6) Op. cit. pág. 130.